



PREMIO EDEBÉ DE LITERATURA JUVENIL

LA CRUZ DE EL DORADO

CÉSAR MALLORQUÍ

Tras una huida precipitada de España y un viaje a América no menos azaroso, en el que Jaime Mercader conoce a un misterioso asesino árabe, por fin la vida del joven parece estabilizarse. Corría el mes de junio de 1903 en la hermosa Cartagena de Indias y Jaime Mercader se había convertido en el tahúr más famoso de la ciudad caribeña. Sin embargo, de nuevo la aventura pasa por su lado tentándolo. Claro que es fácil entender que cayera en ella, sobre todo teniendo en cuenta que venía de la mano de una seductora mujer de pelo moreno y ojos oscuros llamada Antonia. Y más aún si el premio era el fabuloso tesoro de Íñigo de Saavedra: la cruz de El Dorado. Así, siguiendo las pistas de una leyenda, Jaime Mercader, Antonia y el árabe Rasul, perseguidos por unos peligrosos piratas, se lanzan a una alocada carrera cruzando selvas y desiertos.

*Este libro está dedicado a la memoria de Carlos
Euba.
Y a Jaime y a Iñigo. Y a Victoria.*



Hace unos años tuve la fortuna de visitar Colombia, país que me deslumbró por su belleza, por su exotismo, por el maravilloso castellano que allí hablan —quizá el más puro del mundo— y por la cordialidad de sus gentes. En cualquier caso, pese a mi conocimiento del terreno *in situ*, tengo una deuda de gratitud con los hermanos Diana Rocío y Mario García Delgadillo, así como con Farid García Alonso, que tuvieron la amabilidad de aportarme la documentación geográfica que precisaba para escribir esta novela. De igual modo, vaya mi eterna gratitud a María José Álvarez que, como siempre, fue la primera en leer el manuscrito y me ayudó a corregirlo. Gracias a todos.

C.M.

Capítulo 1

Donde se explica quién soy y cómo el azaroso destino me condujo a las lejanas tierras de ultramar

Antes de comenzar este relato debo advertir al desprevenido lector que nada hay en mi historia de edificante o ejemplar, sino más bien al contrario, pues se trata de una crónica donde la codicia y el engaño campan por sus fueros.

Aunque, bien mirado, de un mal ejemplo siempre pueden sacarse buenas enseñanzas. Como decía mi padre: «Si quieres conocer a un hombre, no dejes de examinar la lista de sus pecados». En definitiva, de eso trata mi relato; de mis pecados, de mi desmedida ambición y de las increíbles aventuras en las que, por mi mala cabeza, me vi inmerso.

Cierto es que el azar tuvo mucho que ver con los extraños derroteros que tomó mi vida en aquellos tiempos ahora tan lejanos. ¿Quién iba a imaginar que una Biblia fuese a contener algo más que la palabra de Dios? ¿Y cómo podía yo sospechar que el casual encuentro con un viejo borracho tendría, a la larga, tanta importancia?

No, amigos míos, fueron los caprichos del destino la causa de que mis pasos se unieran a los de un misterioso asesino, y la razón que me llevó a abandonar las embriaga-

doras ciudades que seestean acunadas por las cálidas aguas del Caribe para cruzar selvas y desiertos, llanos quemados por el Sol y montañas altas como el cielo.

Pero estoy adelantándome a los acontecimientos. Por aquel entonces todavía no había oído hablar de don Íñigo de Saavedra ni de la portentosa cruz de El Dorado, de modo que, puestos a comenzar el relato, mejor hacerlo por el principio que por el final.

Me llamo Jaime Mercader y nací el veintiuno de junio de 1887 en Aranjuez, un pueblo de la provincia de Madrid del que no guardo el menor recuerdo, puesto que salí de él durante mi más tierna infancia.

Nunca conocí a mi madre, Dolores Espina, por la sencilla razón de que abandonó a mi padre cuando yo sólo contaba once meses de edad. Aunque mi padre jamás dio excesivas explicaciones al respecto, he podido deducir que fui concebido de forma furtiva y, desde luego, sin previo paso por la vicaría. Al parecer, mi madre, que a la sazón era una jovencita de dieciséis primaveras, trabajaba como doncella en el Palacio Real de Aranjuez cuando quedó encinta. Al conocerse su estado fue inmediatamente despedida, e igual suerte corrió mi padre, por aquel entonces un apuesto mozo de diecisiete años empleado en las caballerizas reales.

Las familias de mis respectivos progenitores montaron en cólera al conocer la noticia del inesperado embarazo, de modo que se formalizó una rápida boda y todo el mundo se puso a fingir que allí no pasaba nada. Luego, como es natural, nací yo.

Pero entre los planes de la joven Dolores, mi madre, no figuraba una temprana maternidad. Lejos de ello, llevaba tiempo acariciando la esperanza de trocar su empleo en la Real Residencia de Aranjuez por otro en la Corte de Madrid. Era una mujer de espíritu cosmopolita, no cabe duda, y verse expulsada de palacio debió de suponerle una seria decepción. Aunque peor fue, imagino, encontrarse repenti-

namente atada a un marido y al mamoncete que yo era en esos tiempos.

De modo que, un buen día, Dolores Espina desapareció de Aranjuez y jamás volvió a saberse de ella. Más tarde, llegué a sentir cierto resquemor —también a mí me había abandonado, ¿no es cierto?—, pero un día mi padre me sentó frente a él y dijo: «Tu madre tuvo la lucidez de alejarse de mí como gato escaldado del agua caliente. Y eso, hijo mío, no es muestra de maldad, sino de inteligencia. Nunca lo olvides.»

El caso es que, a partir de entonces, fue mi padre el que se ocupó de mi cuidado y educación. Durante un año me confió a un ama de cría y, después, alegando que había más futuro en Madrid, hizo las maletas, me cargó en sus brazos y juntos nos embarcamos en el tren que conducía a la capital del reino.

Supongo que ha llegado el momento de hablar de mi padre. Se llamaba Fernando Mercader y había nacido en Seseña, un pueblo próximo a Aranjuez. Él era... ¿Cómo explicarlo sin que resulte demasiado áspero?... En fin, sonará mal lo cuente como lo cuente, de modo que me dejaré de circunloquios. Mi padre era un jugador de ventaja, un estafador, un farsante, un pícaro, un charlatán y un mentiroso, entre otras muchas cosas de similar catadura. Y no lo digo con malicia, sino por respeto a la verdad. Tal era la profesión de mi padre: se ganaba la vida con los naipes, o timando al prójimo, o dedicándose al contrabando, o con cualquier otra tarea situada unos cuantos pasos más allá de la frontera que trazan las leyes.

Desde mucho antes de mi nacimiento, Fernando Mercader era conocido por su astucia e inteligencia, pero también por su mala cabeza. Siendo aún muy joven ya frecuentaba las timbas ilegales, apostaba en las carreras de caballos y organizaba combates de boxeo clandestinos. Luego, tras el fracaso de su matrimonio, careciendo de oficio y trabajo, con un bebé a su cargo y sin ningún futuro, decidió

dedicar un año, el año que yo pasé al cuidado de un ama de cría, a perfeccionar sus habilidades. Después, convertido ya en un tahúr profesional, nos trasladamos a Madrid en busca de nuevos horizontes.

Y no cabe duda de que era bueno en la peculiar profesión que había escogido, porque, gracias a su ingenio y a la agilidad de sus dedos, logramos vivir con razonable comodidad en la capital durante más de diez años. Hasta que se cruzó en nuestro camino el marqués de Bretanville... Pero no nos adelantemos.

Si transgredir la ley convierte a alguien en delincuente, mi padre lo era. Pero jamás empleó la violencia ni abusó de los más débiles. Por lo demás, era un hombre de trato agradable y jovial, nunca probaba el alcohol ni montaba escándalos y, en lo que a mí respecta, siempre fue cariñoso y atento, jamás me pegó y en ningún momento permitió que me faltara nada de lo necesario. Si quieren mi opinión, fue el mejor padre que un muchacho pudiera desear.

Nunca pisé una escuela, pero mi padre se mostró inflexible en cuanto a mi educación. Él era un autodidacta y, de forma un tanto dispersa, me enseñó a leer y escribir, un poco de latín, inglés y francés, mucha geografía, nociones de arte y filosofía, y sobre todo matemáticas. «Los números gobiernan el universo, y también los naipes, no lo olvides», solía comentar.

Y es que, junto a una educación, digámoslo así, convencional, mi padre puso gran empeño en instruirme en los secretos de su oficio. Me enseñó todos los juegos de cartas que conocía, que eran muchos, y también la forma de hacer trampas en todos ellos. Me enseñó a evaluar las posibilidades de un caballo de carreras o de un galgo corredor. Me enseñó a manejarme con pericia en un casino. Me enseñó a captar la psicología de las personas. Me enseñó, en definitiva, todo aquello que precisa un timador para ejercer con habilidad su trabajo.

Se que esto puede parecer escandaloso, pero hay que intentar comprender el punto de vista de mi padre. Él sabía que la gente de nuestra clase y condición ocupa el lugar más bajo en la escala social, y que el único medio para sobrevivir en la selva del mundo es ser más listo que los demás. De modo que se afanó en instruirme en lo que mejor conocía: el arte del engaño y del fingimiento.

Con todo, mi padre puso especial cuidado en proveerme de una amplia cultura general. Recuerdo que solía decir: «Las pasiones nos igualan a todos, la diferencia está en los modales. Entre un gañán y un caballero no hay más frontera que las apariencias. Después de comer, el gañán eructa como un becerro; el caballero, por el contrario, se lleva una mano a la boca y simula una tos. El eructo es el mismo, lo único que varía es la elegancia del gesto. Cultívate, Jaime, hijo mío, y aprende a ser un camaleón entre los caballeros.»

Así que, cuando yo apenas contaba nueve años de edad, mi padre trajo a casa las obras completas de Shakespeare y me obligó a leerlas por orden alfabético. Luego seguí con Cervantes y Quevedo, con Milton y Dante. En una vorágine lectora que en el fondo no me era desagradable, mezclaba *El lazarillo de Tormes* con las últimas novelas de Galdós, *Las leyendas* de Bécquer con los folletines de Dumas.

Y mientras yo leía incansablemente, al tiempo que ejercitaba mis dedos haciendo girar una moneda entre ellos, mi padre se ganaba nuestro sustento. Solía participar en timbas de naipes, o en las apuestas hípicas clandestinas, y, de vez en cuando, daba algún que otro timo. No vivíamos con lujo, pero tampoco pasábamos estrecheces.

Hasta que un día, corría el mes de diciembre, mi padre se presentó a media mañana en el pequeño piso de alquiler que ocupábamos en el barrio de Chamberí y se puso a hacer las maletas con evidente premura. Le pregunté qué ocurría y él me contestó:

—Nos vamos, Jaime; haz tu equipaje. Y no te entretengas, que andamos con prisas.

¿Nos íbamos? ¿Adonde? ¿Cuándo? ¿Por qué? Formulé tales preguntas con la alarma y la vehemencia propias de la juventud, y mi padre, entonces, se aproximó a mí y me dijo con gran seriedad:

—Jaime, voy a contarte una fábula: Había una vez un zorro muy listo, el que más conejos y gallinas atrapaba. Tan buen cazador era que él mismo llegó a creerse el rey de los depredadores. Y entonces pensó que por qué conformarse con conejos y gallinas; siendo tan listo, podía aspirar a piezas de mayor envergadura. De modo que, un buen día, salió a la caza de un león. Huelga decir cuál fue el final de la historia. El zorro acabó malparado, y fue a causa de un exceso de ambición. Pues bien, hijo mío, tu padre es un zorro que se pasó de listo y, en tales circunstancias, lo único prudente es salir huyendo con el rabo entre las piernas. De modo que no perdamos más el tiempo y hagamos el equipaje.

Esa misma mañana cogimos un tren con destino al Sur. Durante el trayecto, mi padre no volvió a comentar las razones de nuestra huida, y como el tema parecía incomodarle, no pregunté nada más al respecto.

Tiempo después, supe que mi padre, aburrido de los pequeños timos, había decidido embarcarse en una empresa de mayor entidad, para lo cual escogió a un aristócrata de origen francés, el marqués de Bretanville, a quien quiso estafar vendiéndole unas propiedades que no sólo no eran suyas, sino que ni tan siquiera existían. El marqués descubrió el engaño y montó en cólera. Así que mi padre se vio forzado a escapar urgentemente, tanto de la justicia como de los matones que el vengativo aristócrata había contratado para matarle.

Ésa fue la causa de aquel repentino viaje a Cádiz, y el motivo que nos llevó a embarcarnos en el primer vapor transatlántico que encontramos. Porque cuando mi padre

dijo que nos íbamos no se refería sólo a dejar Madrid, sino España. Nuestro barco se llamaba *Covadonga* y tenía por destino América, el Nuevo Mundo.

Yo contaba entonces trece años y medio de edad, y el paso del siglo XIX al siglo XX me alcanzó en alta mar.

Capítulo 2

Donde se narra mi encuentro con un asesino y los terribles incidentes acaecidos al final del viaje

El *Covadonga* era un vapor mixto; transportaba tanto mercancías como pasajeros. Había sido botado en 1898 en los astilleros de Glasgow y medía ciento veintidós metros de eslora por quince de manga. Desplazaba doce mil quinientas toneladas y podía alcanzar una velocidad máxima de doce nudos.

El barco contaba con ochenta y seis tripulantes, y aunque podía transportar mil doscientos pasajeros, cuando finalmente nos adentramos en el océano sólo íbamos a bordo ochocientas treinta y dos personas, aunque no todos viajábamos de igual manera, por supuesto.

Había cuatro clases. Los pasajeros de Primera ocupaban la cubierta principal, en camarotes de cuatro plazas con baño. La Segunda Clase estaba ubicada en la superestructura central del buque. Los camarotes de Tercera, con capacidad para ocho personas, se encontraban a proa y a popa. El último lugar en la rígida escala social del buque correspondía a los emigrantes, que se alojaban en los entrepuen-

tes de las bodegas, acomodados de la mejor manera que podían en largas filas de literas metálicas.

Al parecer, mi padre no sólo no había ganado ni un duro con su malograda estafa al marqués de Bretanville, sino que había invertido gran parte de sus ahorros en la operación, lo cual provocó una grave crisis en nuestra economía. De modo que nos instalamos en los abarrotados entrepuentes de la clase inferior, el precio de cuyo pasaje, pese a la modestia del alojamiento, ascendía a la friolera de sesenta y cinco pesetas, una suma nada despreciable en aquella época.

Partimos del puerto de Cádiz durante la mañana del quince de diciembre de 1900, en medio de un flamear de pañuelos y prolongados toques de sirena. Un penacho de humo blanco brotaba de la única chimenea del barco, como la melena de un anciano ondeando al viento.

El diecisiete de diciembre llegamos a las islas Canarias. El diecinueve recalamos en Santa Cruz de Tenerife y, finalmente, el veintiuno dejamos atrás el último puerto español de la travesía y pusimos rumbo a San Juan de Puerto Rico, nuestra primera escala en el continente americano.

Aunque sólo llevábamos seis días de singladura, estaba claro que las condiciones en que viajábamos distaban mucho de ser las que uno elegiría para un crucero de placer. De los ochocientos treinta y dos pasajeros del *Covadonga*, seiscientos diecisiete se amontonaban en la zona destinada a los emigrantes, lo cual suponía grandes dosis de calor, ruido, efluvios humanos y una total falta de *privacidad*. Por la noche, los ronquidos de los adultos y los llantos de los niños nos impedían conciliar el sueño, y durante el día era tanto el ajetreo que no se podía dar un paso sin tropezar con alguien.

La comida no era del todo mala; el primer plato consistía invariablemente en un potaje de legumbres —y esto influía en la cantidad de ventosidades que teníamos que soportar, no lo duden—, cinco veces a la semana había carne

y los domingos, postre. Pero almorzar en el comedor de emigrantes, con sus largas mesas de madera y sus enormes bancos corridos, siempre atestados, resultaba una experiencia escasamente grata.

De modo que mi padre se propuso aliviar en lo posible las condiciones de nuestro viaje. Al atardecer del día veintiuno, mientras las Canarias quedaban atrás y el barco ponía rumbo hacia el Oeste, fue a buscarme con una pequeña maleta en la mano y me dijo:

—Voy a conseguir algo de dinero, Jaime. Ven conmigo.

Le seguí hasta una de las bodegas del buque y allí, en soledad, fui testigo de una de sus siempre sorprendentes transformaciones. Se despojó del traje de pana que llevaba y sacó de su maletín un chaqué de impecable factura, una camisa de seda y unos brillantes botines acharolados. Una vez vestido así, se puso perilla y bigote postizos y se encaneció el cabello con polvos de talco. Al terminar parecía un acaudalado caballero quince años más viejo de lo que realmente era.

—Guarda esto, Jaime —dijo mi padre, entregándome sus viejas ropas—. Volveré tarde, así que no me esperes despierto.

Acto seguido, abandonó la bodega y se deslizó como una sombra furtiva hacia la cubierta de Primera Clase. Mi padre solía decir que es mucho más sencillo despojar de su dinero a un pobre que a un rico. «Sin embargo», añadía, «necesitas muchos pobres para conseguir una suma aceptable y, además, cebarte en quienes ya están hundidos te convierte en la peor especie de carroñero que pueda existir. Es mejor elegir al rico adecuado y apropiarte con elegancia de parte de su dinero. Los ricos se lo merecen.»

Creo que mi padre, tras una rápida —y no muy provechosa— lectura del *Manifiesto Comunista*, había desarrollado un peculiar concepto de la justicia social que le llevaba a considerar el robo a los poderosos como un acto revolucionario. En cualquier caso, jamás le vi abusar de los deshe-